

 **C E S P A**

**Centro de Estudios de la Situación**

**y Perspectivas de la Argentina**

**Acerca de las posibilidades de la nueva izquierda**

**Alberto Müller**

*Nota Breve Nro.32*

***Abril 2016***

Av. Córdoba 2122

2do. Piso, Departamentos Pedagógicos

(C 1120 AAQ) Ciudad de Buenos Aires

Tel.: 54-11-4370-6183 – E-mail: dircespa@econ.uba.ar

<http://www.econ.uba.ar/cespa>

[www.blogdelcespa.blogspot.com](http://www.blogdelcespa.blogspot.com)

Francis Fukuyama ganó su lugar de intelectual mediático cuando anunció “el fin de la historia”. Corrían los años 90, y el fantasma neoliberal recorría el mundo, bajo un ropaje muy concreto de reformas, lanzadas una década antes por Margaret Thatcher y Ronald Reagan y empujadas por el teatral derrumbe del Muro de Berlín y la desintegración del bloque soviético.

El desempeño económico posterior fue bastante más pobre, en una cantidad de aspectos. Si entre 1950 y 1975 los 12 principales países de Europa Occidental habían crecido al 4,3% anual, en los 20 años siguientes esta tasa cayó a la mitad. Un panorama similar se repite en otros países desarrollados, con la parcial excepción de Estados Unidos, que muestra un crecimiento algo menor entre 1950 y 1975, pero sin una inflexión descendente; eso sí, al costo de una creciente desigualdad.

Pero aun así, pareció cesar cualquier debate. Esta afirmación del “pensamiento único” resulta ser un distintivo de esta época gris; conservadores y social-demócratas abrazan este patrón por igual. Y, como dice Thomas Friedman, un conservador entusiasta de esta torsión histórica, la expansión del mercado se traduce en un encogimiento del alcance de lo político, esto es, del Estado y de sus máximos gestores, los políticos.

Si se sostiene que ha cesado un debate ideológico, es porque antes lo había. ¿Pero era así realmente?

Esta pregunta es importante, sobre todo en virtud de las nuevas izquierdas contestatarias que han surgido en países centrales, como Estados Unidos (el sector de Bernie Sanders del Partido Demócrata), España (Podemos), Grecia (Syriza) y Gran Bretaña (el regreso a las fuentes del laborismo con Jeremy Corbyn). Si existiera la posibilidad de un debate de esta naturaleza, éstas serían las voces que intervendrían desde el lado opuesto a la homogeneidad neo-liberal.

Ésta es por ejemplo la tesis que sostiene Serge Halimi, en su excelente artículo “El tiempo de la cólera” (Le Monde Diplomatique de Marzo de 2016). Se plantea allí que se reabre el debate.

¿Pero había debate, durante los “treinta gloriosos” de la Segunda Posguerra? Al respecto, la cita siguiente brinda una respuesta: “En los últimos años, la democracia ha experimentado, en el mundo occidental, algunas modificaciones importantes, puesto que han declinado marcadamente los conflictos intelectuales intensos entre grupos representantes de valores diferentes”. Y luego, al hablar de lo ocurrido en una conferencia que convocó a intelectuales de diferentes extracciones políticas, se menciona que sólo un orador se mostró “incomodado por la moderación general. Lo que le molestó fue el acuerdo existente entre todos los delegados, al margen de toda creencia política, de que los problemas tradicionales que separan a la izquierda de la derecha han disminuido hasta adquirir una relativa insignificancia (…). Los socialistas no abogaban ya en favor del socialismo; se mostraban tan preocupados como los conservadores por el peligro de un estado todopoderoso”.

Un lector al tanto de los (no) debates de hoy día diría que se trata de un texto reciente, y que el expositor en desacuerdo sería algún izquierdista nostálgico. Sin embargo, esto no es así: el texto data de 1960. Su autor es Seymour Martin Lipset, un destacado sociólogo estadounidense de orientación centrista; y el orador discordante era nada menos que Friedrich Von Hayek, uno de los mayores voceros de la derecha conservadora. El capítulo de donde se ha tomado esta cita se denomina, sugestivamente, “El fin de la ideología” (ed. Eudeba-Separatas-1968).

Esta constatación sugiere que tal vez tampoco luego de la posguerra hubo un debate muy pronunciado en el occidente desarrollado. En esos años, el ideario de políticos e intelectuales como Roosevelt, Beveridge, Keynes y Galbraith se había impuesto como una suerte de patrón. Esto había significado un avance importante del Estado, traducido tanto en su presencia en regulaciones económicas, en el desarrollo de sistemas previsionales, y – en varios pero no todos los países – en estatizaciones de empresas industriales y de servicios (en particular, en Francia, Gran Bretaña e Italia). Las izquierdas formalmente identificadas como comunistas integraron este consenso, distanciándose de proyectos revolucionarios. El adalid de esta postura fue el Partido Comunista Italiano, que dio a luz al llamado euro-comunismo; igualmente, la social-democracia alemana se insertó en el juego político, sin posturas extremistas.

En esta época, incluso, se teorizaba acerca de la convergencia entre capitalismo y socialismo, lo que implicaba pensar soluciones de compromiso entre ambos sistemas. El propio Estado del Bienestar fue– como señalaron diversos analistas – una solución de compromiso.

Hubo intentos de izquierdas no parlamentarias de ganar presencia, como las Brigadas Rojas en Italia y el grupo Baader-Meinhoff en Alemania Occidental; pero sólo perduraron aquéllas que se originaron en el separatismo (el IRA en Irlanda y el ETA en el País Vasco). Del lado opuesto (y dejando de lado las manifestaciones fascistas, en aquel entonces bastante menos relevantes que hoy día), los ultra-liberales como Von Hayek expresaban su disidencia, acusando cualquier activismo estatal como manifestación de posturas pro-comunistas; pero su incidencia era pequeña, por más que hubiera intelectuales muy respetados entre sus huestes. Antes como ahora, imperaba una suerte de “pensamiento único”.

Lo que parece haber ocurrido entonces es que el consenso cambió; pero no cambió el que exista un consenso que abarca a buena parte del espectro político. Lo que había sido el ideario de compromiso entre sistemas fue sustituido por la ola neoliberal. Al respecto, es ilustrativo el contraste que traza Paul Krugman entre Romney padre e hijo (<http://www.nytimes.com/2012/07/09/opinion/krugman-mitts-gray-areas.html?_r=0>). Ambos son personajes de la política, se postularon a la presidencia de su país, y proceden de familias adineradas. Romney padre (George Romney) fue presidente de American Motors, y se destacó, como funcionario de la administración de Richard Nixon, por sus planes de desarrollo de viviendas y hábitat, buscando la integración de los sectores marginados; además, pagó impuestos por más de un tercio de su ingreso. Romney hijo (Mitt Romney) hizo su fortuna con la especulación y la elusión tributaria, y asume posturas fuertemente reaccionarias, aun en el contexto del Partido Republicano.

Una pregunta que surge es porqué se dan estos cambios de consenso, ya que aparentemente no emergen de un debate en la arena política. No tenemos una respuesta contundente; el tema ha sido objeto de análisis diversos, y lo seguirá siendo en el futuro. Se trata de cambios evolutivos complejos, que además tampoco son procesados de igual manera en los diferentes países. Las explicaciones posibles van desde fenómenos internos del capitalismo (por ejemplo, el agotamiento del llamado patrón fordista) hasta factores internacionales, entre los cuales se contabiliza la progresiva deslegitimación del polo comunista.

Lo cierto es que la mayor parte de los actores políticos se comportan como comerciantes de ideas ajenas (algo que ha sido señalado por ejemplo por Joseph Stiglitz). Esto es hasta cierto punto esperable, si la política es un campo donde impera la transacción y el acuerdo transitorio; no podemos esperar de estos actores posicionamientos ideológicos “duros”, por más que muchos de ellos así quieran aparentarlos. No hay debates serios en este ámbito, más allá de que podamos notar que la envergadura intelectual de quiénes gobernaron durante el compromiso del Estado del Bienestar en muy superior al que vemos hoy día; compárense al respecto a Konrad Adenauer con Angela Merkel, o a Dwight Einsenhower con George W. Bush.

En este contexto, la viabilidad de quiénes se sitúan en la nueva izquierda contestataria es más que precaria; ya Syriza lo ha mostrado en Grecia. Para nada parece obvio que ella pueda abrir una brecha, que es la esperanza de muchos.

La historia nos muestra que un eventual cambio de consenso es liderado por personajes de la entraña de la política; éste es el caso paradigmático de Franklin Roosevelt, proveniente de una familia que brindó otro presidente a Estados Unidos. Lord Keynes, por su parte, era un connotado exponente de la élite británica. Los “outsiders” – como Podemos, Syriza o Sanders – no entran en este Paraíso. Por lo menos, no fue así hasta ahora.

Con esto, quede claro, no proponemos dejar de lado la batalla de las ideas. El consenso entre actores políticos, económicos e intelectuales no quita que el curso actual es descabellado y ruin. Pero sospecho que en buena medida lo importante no pasa por el campo de la política convencional; cuando mucho, ella recogerá lo que se produzca en otros ámbitos de la sociedad civil.